

DISCURSO
SOBRE
LAS BIBLIOTECAS,

pronunciado en la distribución de premios
y clausura de las cátedras del

INSTITUTO CAMPECHANO,

EL 19 DE NOVIEMBRE DE 1871.

POR

EL D^R. JOAQUIN BLENGIO,

RECTOR DE DICHO ESTABLECIMIENTO.

CAMPECHE.

Imprenta de la Sociedad Tipografica.

1871.

DISCURSO
SOBRE
LAS BIBLIOTECAS,

pronunciado en la distribución de premios
y clausura de las cátedras del

INSTITUTO CAMPECHANO,

EL 19 DE NOVIEMBRE DE 1871,

POR

EL DR. JOAQUIN BLENGIO,

RECTOR DE DICHO ESTABLECIMIENTO.

CAMPECHE
Imprenta de la Sociedad Tipográfica,
1871.

DISCURSO
SOBRE
LAS BIBLIOTECAS

propósito en la distribución de premios
y claridad de las catedras del

INSTITUTO CAMPECANO

EL 10 DE NOVIEMBRE DE 1871

POB

EL DE JOAQUIN ELENGIO

RECTOR DE DICHO ESTABLECIMIENTO



BIBLIOTECA
CAMPECHE

LAS BIBLIOTECAS.

I.

SEÑORES: De nada servirían las conquistas del espíritu humano, si acabaran con el hombre en el sepulcro. Si las verdades de las ciencias, secretos arrancados á la naturaleza, se perdieran con los que las descubren; si las creaciones del entendimiento, hijas de la inspiracion, murieran con los que tienen el privilegio de forjarlas, la humanidad permanecería inmóvil, y una ignorancia invencible sería su funesta herencia. Nadie pretendería un descubrimiento de pasajera utilidad; nadie correría tras una invencion que habría de aprovechar por poco tiempo; nadie se entregaría á meditaciones cuyo fruto sería efímero. Torricelli no hubiera inventado el barómetro, Kepler no hubiera creado sus leyes, Cristóbal Colon no hubiera descubierto el Nuevo-Mundo. Inútil sería el sabio que narrara sus obras; inútil el poeta que cantara su númen; inútil el orador que hiciera oír su elocuente palabra; inútil, en fin, el artista que arrancara á las cuerdas su armonía, que esculpiera en la piedra su inspiracion, que trasladara al lienzo su entusiasmo. ¡Pobre Sócrates, si hubiera desaparecido su Fedon! ¡Pobre Demóstenes, si se hubieran olvidado sus Filípicas! ¡Pobre Goethe, si se hubiera perdido su Fausto! ¡Pobre Fidias, pobre Rafael, pobre Rossini, si nadie se acordara del Júpiter-Olímpico, si nadie se acordara de La Transfiguracion, si nadie se acordara del Guillermo Tell! Hoy viviríamos como nuestros primeros padres, si los adelantos, debidos al ingenio ó á la casualidad, no hubieran pasado de los primitivos moradores del mundo: nuestras habitaciones serían chozas; nuestros vestidos, pieles; nuestros alimentos, los frutos silvestres de los campos. Triste sería para nosotros si hoy hiláramos como Nahama, si trabajáramos los metales como Tubal Cain, si cultiváramos la viña como Noé. Pero es mas grandioso nuestro destino: nuestra mision sobre la tierra no es vivir como tribus errantes, sin pasado que recoger y sin futuro que

esperar: nuestra noble inteligencia y nuestra admirable organizacion nos impelen á vivir en sociedad, á tener una historia, á preparar á nuestros descendientes el camino por donde han de pasar: somos como la esfinge colosal del desierto cuya grande oreja, segun el magnífico pensamiento de Ampère, parece recoger los ruidos del pasado, y cuyos ojos, vueltos al Oriente, parecen espiar el porvenir. ¿Qué sería el hombre si solo trabajara para él? Su existencia sería un egoismo estéril, un vacío sin goces, una carrera sin emocion. ¿No es el encanto de la vida partir con nuestros padres y con nuestros hijos, eslabones que nos ligan á la cadena de nuestros semejantes, la cosecha de nuestro laborioso afan? Si porque no hemos de recoger el fruto del árbol que plantamos hoy, lo dejáramos de plantar, ¿qué poseería en este momento la humanidad? Solo los animales nada recuerdan ni nada aguardan; solo al bruto no ha sido concedida la perfectibilidad; solo los seres irracionales no cuidan de mejorar la situacion de su especie. ¿Queremos nosotros ser así? Pues bien: solo conservando como en un depósito los adelantos que vamos adquiriendo, para trasmitirlos á los que nos han de suceder; solo acumulando los materiales que vamos recogiendo en el sendero de la vida, para entregarlos á los que vienen detras; solo grabando en indelebles páginas el resultado de nuestras elucubraciones, de nuestros esfuerzos y de nuestra constante observacion, para legarlos á las generaciones venideras, es como podemos llenar el fin para que fuimos creados: el progreso y la felicidad. Por eso Dios ha querido que la humanidad disponga de su suerte. De allí el empeño del hombre en consignar á la posteridad de mil maneras sus pensamientos y sus obras, sus esperanzas y desig-nios; de allí las altas pirámides que nos recuerdan el esplendor de cien pueblos que han desaparecido; de allí los obeliscos que con sus inscripciones emblemáticas nos hablan de una pasada grandeza; de allí los suntuosos monumentos que con sus relieves simbólicos nos demuestran una civilizacion antigua; de allí, por último, los libros que nos enseñan la cultura de nuestros antepasados. Así es como el movimiento del espíritu se propaga de generacion en generacion, á fin de que nada se pierda para la gran familia humana. Pero el hombre no podía conservar en su frágil memoria ni en su adulterable tradicion todos los conocimientos adquiridos. Necesario le hubiera sido tener al mismo tiempo el alma de Aristóteles y de Galeno, de Horacio y de Vitruvio, de Linneo y de Pitt. Por eso se vió obligado á



reunir en recintos estrechos todas las ciencias, todas las artes, todas las doctrinas. De allí la Biblioteca, ese foco de todas las luces, esa cabeza de todos los cuerpos, ese cuerpo de todas las almas, esa alma de todas las inteligencias.

II.

Casi todos los pueblos desde los mas antiguos hasta los mas modernos han comprendido la necesidad de esas grandes colecciones, y todos han fundado sus bibliotecas. Dos mil años antes de Jesucristo, Osimandias estableció en Tébas una famosa que se cree la primera del mundo. En las ruinas del Ramasseum se ha encontrado otra no ménos notable puesta bajo el patrocinio de dos divinidades: Thoth, dios de las ciencias y de las artes, y Saphré, señora de la letras. ¡Cuál sería la importancia que daban los Egipcios á semejantes establecimientos, cuando los creían dignos de ser colocados bajo la proteccion del cielo! La Medicina, la Teología, la Magia, la Epopeya, todas las nociones de aquella edad se encontraban allí. Y esto no es una fábula: no ha mucho que Mr. Rougé leyó al Instituto de Francia la traducción de un poema de esta biblioteca, consagrado à celebrar las hazañas de Ramsés. ¿Quién no ha oido hablar de la célebre biblioteca de Alejandría cuyos setecientos mil volúmenes el Bruchion y el Serapeum apenas podian contener? Conocidas fueron la de Nínive, la de Nísibe y la de Sinope que fué trasladada á Edesa. Méfis tuvo una en el templo de Vulcano, y tambien los Hebreos tuvieron la suya que guardaba las tablas de la ley y los libros de Moises y de los profetas. Euménes fundó una en Pèrgamo que llegó á tener doscientos mil volúmenes. Pisístrato estableció en Atenas la primera biblioteca pública que se conoció en su patria; quemada la ciudad por Jerjes, los libros fueron transportados á Persia, y muchos años despues Seleuco Nicanor los devolvió á los atenienses. Policrates, Euclides el ateniense, Nicoerates de Chipre y Eurípides tuvieron tambien bibliotecas pàrticulares en Grecia. Roma, la que habia llevado por todas partes sus armas victoriosas y dominado al mundo; la que recogia para su engrandecimiento en los pueblos vencidos cuanto podia aumentar su esplendor, llenó tambien su recinto de bibliotecas. Siglo y medio despues de la derrota de los persas, Pablo Emilio formó

una en aquella ciudad. Mas tarde estableció otra Sila. Augusto fundó la Palatina y la Octavia. Tiberio reunió una en el Capitolio. Quemadas estas, Domiciano hizo copiar los manuscritos de la biblioteca de Alejandría, y formó una nueva. Vespasiano fundó otra no menos importante en el templo de la Paz. Pero la mas rica y notable de la ciudad eterna, fué la Ulpiana que Trajano entre otras obras grandiosas se propuso establecer. Particulares tuvieron tambien sus bibliotecas: Ciceron, Julio Marcial, Selio Itálico reunieron las suyas. Epafrodites juntó treinta mil volúmenes. Plinio, el jóven, reunió en Laurentium una numerosa, Lúculo, mucho ántes, una escogida en Tús-culum, y el médico Lamenius Serenus juntó en otra sesenta y dos mil volúmenes. En el siglo IV tenia Roma veintinueve bibliotecas públicas. Mas la primera de esta clase, es decir, la primera abierta al pueblo para su instruccion, fué la que fundó Asinio Polion en el atrio del templo de la Libertad. Así el distinguido orador, el noble poeta, el sabio historiador, llamó á las diversas clases de la sociedad, muchas sumidas entónces en la oscuridad y en la abyeccion, al cultivo de la inteligencia, á la elevacion del espíritu y al ennoblecimiento de las pasiones capaces de conducir á la gloria y á la felicidad; así con la eleccion del sitio que supo preferir, tal vez quiso dejar comprender que los gobiernos liberales son los que difunden las luces en todos los rangos del pueblo, y que la ilustracion de los ciudadanos solamente puede conducir á la verdadera libertad. Tan noble objeto, tan sublime intencion, no pueden ser extraños en el protector de Virgilio, cuya vida y fortuna se propuso tan generosamente salvar. Ojalá que todos los gobernantes imitaran á Polion: ojalá que los grandes tendieran, como él, una mano amiga al genio degradado y al talento oprimido por la envidia y por el bastardo interes.

III.

Al hablar de esas célebres bibliotecas de los tiempos antiguos, tiempos que más veneramos á medida que los estudiamos mejor, no podemos ménos que admirar los esfuerzos incansables del hombre por su cultura, su paciente constancia por su mejoramiento, su paso resuelto y firme hácia la civilizacion. Nada le desalienta, nada le espanta, nada le intimida. Venciendo obstáculos, exponiendo su vida, sacri-

ficando á veces sus afecciones, llega al término de sus afanes exclamando como Arquímedes: "lo he encontrado." Hoy pone la primera piedra, mañana la segunda, luego la tercera, y así construye el edificio que se propone levantar. Ahora bien: mientras con ménos elementos cuentan las generaciones para sus empresas, más dignas de admiracion son sus obras, y más dignos de elogio sus afanes. Si en los tiempos á que nos referimos, hubiera sido conocida la invencion del genio de Maguncia, nuestra sorpresa seria menor al ver estas grandes acumulaciones de escritos de que nos hablan las historias; pero en esta época retirada de nosotros, todos los libros se copiaban á mano, y esto exigia largo tiempo y una paciencia á toda prueba. Copistas de profesion, profesion honrada y distinguida, se dedicaban á esta ruda tarea, y el cálamus de caña primero, y la pluma despues, eran los únicos instrumentos de escritura. El papiro al principio y mas tarde el pergamino servian entónces de papel. El papel de trapo de que usamos hoy no empezó á fabricarse sino despues del siglo XIII, y por consiguiente no estaba á disposicion de aquellos obreros, tal vez mas laboriosos y mas perseverantes que nosotros. Pero la rivalidad de los pueblos hizo raro el papiro. La preparacion del pergamino no podia bastar para cuanto se podia escribir. Cuando la decadencia de las artes, escaseó de tal suerte que los monjes de la edad media, bastante pobres para podérselo procurar, borraban por medio de ciertas preparaciones la escritura antigua, para escribir en ellos sus oficios. Esta práctica hizo perecer muchas obras preciosas de la antigüedad; pero la Providencia que dispone siempre las cosas á nuestro favor, no queriendo que se perdiesen estos inapreciables tesoros, permitió que se encontrase el arte de hacer reaparecer sobre aquellos palimpsestos, trozos enteros de varios autores griegos y latinos que, sin esto, se hubieran perdido para siempre. De esta manera el ilustre filólogo Angelo Mai devolvió á las letras muchos fragmentos de Plauto, de Fronton, de Dion Casio, de Eusebio y de otros, que indudablemente nunca hubiéramos vuelto á poseer. Conseguir el pergamino era, pues, difícil y costoso. Un libro era por tanto de elevado precio, y las bibliotecas costaban grandes sumas. Las obras de Homero llegaron á valer tres talentos ó más de dos mil pesos de nuestra moneda, y otras de menor importancia costaban ciento, reduciendo al nuestro su antiguo valor. ¡Cuántas penas, cuántos sacrificios, cuánta constancia no se necesitarian para formar una biblioteca de millares

de obras! Figurémonos tres millones de volúmenes manuscritos, como los que llegó á tener la biblioteca de Trípoli de Siria, trabajados con limpieza, propiedad y correccion, y tendremos una obra prodigiosa y sin igual. Debemos confesarlo: el templo de Diana y los jardines suspendidos de Semíramis no nos causan tan profunda admiracion.

IV.

Pero nada hubieran importado tantas fatigas en trasladar cuidadosamente á esas pieles las elaboraciones del espíritu; nada hubieran importado tantos desvelos en coleccionar todas esas obras; nada hubieran importado tantas sumas invertidas en crear esos archivos del entendimiento, si esas arcas de la historia y del progreso, sobreviviendo á las borrascas y revoluciones de los siglos, hubieran llegado hasta nosotros y llegaran todavía mas allá para el provecho de la especie humana. Pero Hunos y Godos, Hérulos y Vándalos y otras hordas igualmente salvajes, impelidas por el genio de la devastacion, se arrojaron sobre el Occidente, y con la tea incendiaria en una mano y el puñal homicida en la otra, arrasaban cuanto encontraba su furor. La sangre corrió por todas partes á torrentes, las ciudades fueron reducidas á cenizas y los campos talados sin piedad. Escombros y humo, cadáveres y lamentos era cuanto dejaban en su paso estas fieras inexorables del Norte. Entónces desaparecieron las bibliotecas entre las llamas del incendio; entónces se abrasaron sin misericordia esos tabernáculos que guardaban los anales del mundo. En medio de aquel torbellino no hubo Alejandros que perdonasen, ni Píndaros perdonados tampoco. La tierra hubiera sido una inmensa Escitia cubierta de una eterna noche, si los monasterios no hubieran servido de refugio á la sobrecogida civilizacion. En estos respetables asilos, tablas de salvacion en aquel espantoso naufragio, los monjes recogieron en el fondo de sus claustros los restos de la espirante cultura, y los despojos de la terrible asolacion. Muchos libros fueron salvados en los conventos, y allí, en el silencio de las celdas, aquellos religiosos, consagrados á su estudio, mantuvieron el fuego sagrado de la inteligencia y salvaron así la ciencia humana. El atraso fué sinembargo inmenso: los pueblos quedaron sumergidos en la ignorancia y en la barbarie: el feudalismo, penetrándolo todo, les imprimió sus tendencias

materialistas y les impuso sus rudas costumbres. Las salas de armas reemplazaron á las bibliotecas: á un Lucano se prefería una dorada espuela; á un Hesiodo se prefería una cota de malla. El mérito no consistía en el talento, sino en la bien esgrimida lanza. La gloria no era consignar una idea, sino vencer en la justa á su rival. Los torneos hacían las veces de los juegos florales, y el triunfo no era la corona concedida al genio por el Capitolio, sino el collar dado al campeón por la hermosa y distinguida dama. Los pocos que se dedicaban al estudio eran mirados con desden. La nobleza de la espada era la única nobleza; y cuando Francisco I., creando una orden de magistrados y de hombres de letras que elevó á la clase de caballeros, quiso hacer comprender á los fieros señores que otros talentos que los militares contribuyen también á la gloria y prosperidad de los pueblos, los altivos hidalgos, creyendo degradarse con los conocimientos que el generoso Rey se proponía honrar, prefirieron ver decaer la caballería, á dividir con los sabios el honor de su rango. ¡Ideas desconsoladoras que se perpetuaron hasta la revolucion de 89! A mengua, pues, se tenía la ciencia; á honor se tenía la ignorancia. Los que brillaban bajo la espléndida armadura y salían victoriosos en cien combates, no sabían leer ni escribir. ¡Penoso recuerdo el de Pizarro, que no podía recoger sus triunfos! Y cuando la guerra, la caza ó el festín no entretenía á estos nobles desocupados, el fastidio era su único compañero bajo el artesonado techo de sus soberbios castillos. Ni una pequeña biblioteca para ocupar sus ocios, ni un solo libro para endulzar su tedio. ¡Terrible y criminal estado del hombre que no ha nacido para vida tan brutal! Tal vez algunos de esos desdeñosos, solo hallaban interés en los reglamentos de Geoffroy de Preuilly. Y si esta era la clase distinguida de la sociedad, ¿qué serían los que no habían tenido la fortuna de nacer en aquel privilegiado círculo? Para estos proletarios no había más que la corvea; para ellos eran los desprecios, para ellos los ultrajes; ni justicia ni ley para estas víctimas; ni honor para estos desheredados de la tierra. ¿Y por qué tan lamentable situación para dueños y esclavos, para nobles y pecheros, sino por la profunda ignorancia en que estaban sumergidos? Si los señores se hubieran instruido en los libros que se perdieron, y se hubieran penetrado de que los hombres no tienen el derecho de esclavizarse, sino, por el contrario, el deber sagrado de protegerse mutuamente; si los villanos hubieran aprendido en aquellas páginas,

que la justicia era para todo el mundo; que ellos eran tambien hijos del mismo Dios que murió por redimir á los esclavos; que el trabajo de cada uno es su legítima propiedad, y que nadie está obligado á cultivar la tierra, para que otro se aproveche del sudor de su frente, la humanidad hubiera continuado su marcha progresiva, enriqueciéndose con nuevas verdades, y adquiriendo nueva y mas resplandeciente luz. Las preocupaciones no la hubieran cegado, la supersticion no la hubiera oprimido, el fanatismo no la hubiera penetrado hasta el corazon. Con bibliotecas en los pueblos, con libros en los hogares, una hubiera sido su creencia política, una quizá su religion, uno su sentimiento social. De esta manera se hubiera preparado días de gloria; la paz le hubiera sonreido por todas partes; la abundancia hubiera sido su inagotable bien. Pero los hombres desgraciadamente no hicieron más que forjarse sus propias cadenas, erigirse á sus señores y levantarse su horca y su cuchillo. En su horizonte acumularon el gérmen de todas las catástrofes, á su derredor el gérmen de todas las miserias, sobre sus cabezas el gérmen de todas las desdichas. De ese tenebroso presente no pudo ménos que brotar un tempestuoso porvenir. La abyeccion trajo el desbordamiento, la ceguedad la lucha, la desigualdad el rencor. De allí, como huracanes terribles, las guerras religiosas que, con sus matanzas de los Albigenses y de los habitantes de Merindol, con la carnicería de la Irlanda y los asesinatos de la San Bartolomé, tantas vidas y tantos sinsabores han costado al mundo; de allí las guerras de sucesion que diezmaron á los pueblos; de allí las revoluciones políticas que nos han llenado de terror y de luto; de allí, por último, como un monstruo horrendo, la abominable Inquisicion, cuyos autos de fé devoraban hasta la ciencia, hasta la caridad, hasta la virtud.

V.

Por fortuna, miéntras en el Occidente, despedazado por las luchas contra los Bárbaros, la civilizacion europea estaba próxima á morir, como la yerba bajo la pisada del caballo de Atila, en el Oriente, mas tranquilo, Hipatias inventaba el areómetro, Diofantés enseñaba el Algebra, el púlpito ganaba en elocuencia, adelantaba la arquitectura, el

progreso, en una palabra, continuaba haciendo sus conquistas. Desde entónces los hombres han venido comprendiendo mejor sus intereses, se han horrorizado de la sangre vertida y conmovido de las lágrimas derramadas con profusion. Una dolorosa experiencia les ha hecho palpar las funestas consecuencias de la ignorancia y las tristes calamidades del error. Con la enseñanza de los siglos pasados y las lecciones de los borrascosos acontecimientos, cambiaron de rumbo y se dirigieron á mas seguros puertos. Anduvo el tiempo, y el deseo de ilustrarse se hizo sentir en todos los ánimos; pero el precio excesivo de los manuscritos frustraba tan nobles aspiraciones. Esta situacion desesperante preocupó los espíritus, exaltó las inteligencias y estimuló la perspicacia. Llegó el siglo XV, y Koster, Guttenberg y Schoeffer presentaron al mundo la imprenta, invencion divina que no igualan las invenciones pasadas, ni igualarán probablemente las invenciones futuras. El pensamiento circuló rápido en todos sentidos, los libros se reprodujeron como por encanto y las obras se pusieron al alcance de todas las fortunas. Por todas partes se crearon sociedades para la propagacion de las ideas, se erigieron escuelas públicas y se fundaron bibliotecas que sustituyeron á las antiguas, y cuyo número se ha aumentado de una manera prodigiosa. En Francia mas de doscientas ciudades poseen de estas inmensas librerías. Paris tiene mas de cuarenta bibliotecas públicas con cerca de tres millones de volúmenes: solo la Imperial tiene mas de 500,000, la de Santa Genoveva 160,000 y la de Mazarino 95,000. La Alemania cuenta en sus bibliotecas como cinco millones de volúmenes: entre estas, la Imperial de Viena con 300,000, la de Praga y Presburgo en Austria, y las de Berlin, Halle, Munich, Dresde, Leipsic, Hannover y Stuttgard, en Prusia, son las mas notables. En Inglaterra la Botleiana, la de Buckingham y la del Museo reunen cerca de 700,000. Escocia tiene en Edimburgo la biblioteca de la Universidad con 50,000 volúmenes, y la de los abogados con 10,000, é Irlanda, en Dublin, la del Colegio de la Universidad con 50,000. España, entre las mas importantes, cuenta la del Escorial con 200,000 volúmenes, fundada por Cárlos V. y enriquecida por Felipe II, la real de Madrid con 100,000, la de San Isidro con 60,000 y la de San Fernando en la misma Capital. No hay quien no conozca en Italia la biblioteca del Vaticano con sus 300,000 volúmenes, establecida por el Papa Nicolas V. en 1450, la de San Márcos en Venecia, la Ambrosiana en Milan, la Borbónica en Ná-

poles y las Leopoldina y Laurenciana en Florencia: Mantua, Padua, Génova, Bolonia, Ravena y otras ciudades de esta tierra clásica, poseen tambien sus bibliotecas. Bélgica tiene entre otras la de la Ciudad con 140,000 volúmenes, la de Borgogna con 15,000 y la Real con 60,000. En Holanda descuellan la del Haya con 100,000, y la de Leide con 60,000. Dinamarca tiene la Real de Copenague con 200,000, y Rusia la de la Academia de Ciencias de San Petersburgo con 250,000 y la Imperial con 300,000. Suiza tiene en la de Basilea 50,000, en la de Berna 30,000, en la de Ginebra 50,000 y en la de Zurich 40,000. Suecia, Noruega y Portugal poseen tambien muy ricas bibliotecas. La Union americana tiene 15,615 bibliotecas: en las públicas se cuentan cerca de cinco millones de volúmenes. Casi todas las ciudades de esta gran Nacion poseen cuando ménos una biblioteca. ¡Qué espectáculo tan hermoso para un pueblo! Por todas partes, pues, se levantan esos brillantes monumentos de la civilizacion para la civilizacion; por todas partes se levantan estos baluartes de paz para combatir la ignorancia y las preocupaciones; por todas partes se oponen esos insuperables diques al retroceso que procura levantarse. General es la aspiracion al adelanto. Aplaudamos con todo nuestro entusiasmo el celo de las Naciones que, teniendo á honra su cultura, acumulan tantos elementos de instruccion para sus hijos. Honor á las gobiernos que, avergonzándose de dirigir á hombres autómatas, y deseando la satisfaccion de gobernar á hombres inteligentes, quieren que el artesano lea, que el soldado lea, que el campesino lea. Bendicion á las sociedades modernas que, ansiosas de perfeccion y de progreso, llevan las luces hasta el fondo de las mas humildes y remotas aldeas. Gloria, en fin, á los pueblos que, no contentos con los medios instructivos de hoy, arrancan á los despojos de los siglos y á las tinieblas del pasado, nuevos instrumentos de ilustracion sepultados en las ruinas y en el misterio, como Italia ha sacado de las cenizas de Herculano obras interesantes de Epicuro, de Polistrato, de Filodemo y de Tito-Livio, y otras que descifrará, gracias al ingenio de Pioggi; y como los Rusos que han descubierto en la Tartaria una biblioteca de los Kalmucos con que han enriquecido los archivos de la civilizacion.

VI.

Méjico tambien ha tenido y tiene sus bibliotecas. No podía ser de otra manera: el pueblo que tuvo reyes legisladores y reyes poetas; el pueblo que tuvo héroes como los de Homero, y bardos que inmortalizasen sus hazañas; el pueblo que midió el tiempo y observó los astros con mas sabiduría que los Caldeos; el pueblo que levantó pirámides tan grandiosas como las de Egipto; el pueblo que cultivó las artes ántes que la misma Europa, artes cuya perfeccion admiran, sin poderla imitar, las naciones del Viejo Continente, no pudo ménos que tener archivos que guardasen sus recuerdos históricos. Los toltecas nos legaron sus anales en el maguey y en la corteza de otros árboles; y si las memorias de los aztecas no fueron escritas con los caracteres de Cadmo, sus pinturas geroglíficas hablaban bastante al pensamiento para ser bien comprendidas. Uxmal, el Palenque y otras célebres ruinas de Anáhuac conservan la civilizacion de aquellas razas en preciosos monólitos, libros de piedra que atestarán por muchos siglos la cultura de nuestros antepasados. Vinieron los europeos y muchos de esos monumentos fueron destruidos. Si esta hermosa y rica parte de América no hubiera sido descubierta cuando el fanatismo de la época dominaba el espíritu de los descubridores; si no hubiera sido conquistada cuando el intolerante y ciego cristianismo dictaba todos los sentimientos, condenando los que no eran inspirados por la religion; si no hubiera sido oprimida cuando las nuevas verdades eran blasfemias, los descubrimientos heregías, y un crimen pensar en las cosas de la tierra, hoy poseeríamos muchas de aquellas espléndidas colecciones que rivalizarian con las primeras del mundo. Durante el Vireinato todos los conventos tuvieron sus bibliotecas; pero ellas no se abrian mas que á los religiosos, confinándose el saber en el profundo silencio de los claustros. Las primeras bibliotecas públicas fueron las de los colegios, y aunque empezadas á formar durante el período colonial, adquirieron su mayor riqueza en la época de la Independencia. La de San Juan de Letran llegó á tener 12,160 volúmenes; la de San Gregorio, 5,461; la de San Ildefonso, 8,360; la de la Universidad, 9,000, y la de la Catedral 12,295. Si muchos de esos colegios se han suprimido y los conventos han sido derribados hoy, el Gobierno general se ocupa eficazmente en establecer en

la antigua iglesia de San Agustin una biblioteca nacional, que corresponderá, no lo dudamos, á nuestro grado de cultura, haciendo ver que tambien nosotros marchamos con el siglo y sabemos procurar nuestro engrandecimiento. La Sociedad de Geografía y Estadística ha fundado una biblioteca, y la Compañía Lancasteriana ha hecho otro tanto. Los Estados procuran imitar á la Capital: Guadalajara tiene la suya con 70,000 volúmenes, y la de Puebla es magnífica. Campeche, comprendiendo la utilidad trascendental de esta clase de establecimientos, ha fundado tambien en su Instituto una que no ha mucho ha sido abierta al público. Esta biblioteca no cuenta por ahora mas que con 1,134 volúmenes; pero ¿qué extraño es que un nuevo Estado de una República naciente ofrezca á sus hijos una biblioteca poco numerosa, cuando en 1330 la Reina Clemencia de Hungría fundó una que entónces era grande, y apénas contenía 40 obras? ¿Qué extraño es que un lugar pequeño y casi olvidado del Globo, abra su biblioteca con 1,134 volúmenes, cuando en Inglaterra en el siglo XV, época no muy retirada para esta gran Nacion, la mayor biblioteca era la del Duque de Gloucester, y solo contenía 129 volúmenes? Por otra parte, ¿está por ventura exclusivamente reservado á las grandes capitales y á las ciudades populosas tener bibliotecas? ¿Tibur no tuvo la suya? ¿No tuvo la suya Como? ¿Por qué nõ la ha de tener Campeche? Y yá que el Instituto Campechano en que se halla la biblioteca, y que cuida de ella, guardándola como un tesoro é identificándose con su suerte, es el único establecimiento de alta enseñanza que poseemos, y que ha sido levantado con tantos sacrificios, toca á los gobiernos y á los habitantes todos del Estado promover constantemente su prosperidad. Pero si los unos y los otros careciesen de recursos para engrandecerlo, de patriotismo para ayudarlo, de buena voluntad para protegerlo, que los unos y los otros procuren en todo tiempo mantenerlo siquiera en el estado en que hoy se encuentra. Si faltase la virtud de mejorarlo, téngase al ménos la virtud de no destruirlo. Sobre todo, que el aliento emponzoñado de la política no venga á envenenar su pura atmósfera. Estallen las revoluciones, pero que su fragor no conmueva sus cimientos; chóquense las pasiones políticas, pero que su furor no llegue jamas hasta su sagrado recinto; despedácese los partidos, pero que su encono no detenga su marcha. Todos los pueblos han tenido siempre algo sagrado que han respetado en medio de sus revoluciones: que el Instituto Campe-

chano sea para nosotros un santuario inviolable en nuestras convulsiones y en nuestros desvaríos. Maldito el que se atreva á profanarlo, porque ese no solamente daña á la juventud, sino tambien á sus propios hijos; ese hiere á la patria, y la hiere en su nudo vital. Que la hoz de la venganza no penetre nunca en este plantel, porque sus frutos son frutos para todos, y seria ciegamente malvado ó locamente pervertido el que destruyera su propio bien.

VII.

Trazada así anchamente la senda del progreso, los pueblos pueden con mas facilidad continuar su camino. Con tan copiosos y ricos elementos, no tienen mas que utilizarlos para conseguir su bienestar. Generalizada la imprenta, difundidos los libros, propagados los conocimientos, solo les resta procurar su desarrollo y su buena fortuna. Multiplicadas las bibliotecas y abiertas para todos los que quieran instruirse, la humanidad debe precipitarse á ellas, como el viajero perdido se precipita al primer manantial á saciar su abrasadora sed. Allí encontrará todos los tiempos con sus ideas, descubrimientos y transformaciones; todas las edades con sus teorías, invenciones y vicisitudes; todos los siglos con sus creencias, peripecias y novedades. Allí hallará á todos los pueblos con sus leyendas, legislaciones y costumbres. Allí puede conversar con todas las generaciones, aprender con todos los sabios, discutir con todos los filósofos. Allí puede oír á todos los poetas, escuchar á todos los oradores, disfrutar con todos los ingenios. Allí puede contemplar todas las revoluciones, asistir á todos los combates, presenciarse todas las asambleas. Desde allí puede lanzarse al espacio infinito de los cielos, y extasiarse en sus maravillas; penetrar en el seno de los mares, y admirar sus grandezas; recorrer la superficie y las entrañas de la tierra, y considerar abortos sus producciones. Allí donde bajo el mismo techo las generaciones se abrazan, los pueblos se unen y los hombres se estrechan; donde desaparecen las rivalidades, se extinguen los ódios y cesan los antagonismos; allí donde se funden los partidos, se concilian las sectas y se toleran las religiones; donde Roma se encuentra junto á Cartago, César junto á Pompeyo, los Güelfos junto á los Gibelinos; donde la Biblia se halla junto al Coran, los protestantes junto á los ca-

tólicos, la República junto al Imperio; allí, decimos, con tantos ejemplos de armonía pueden los hombres aprender la fraternidad que no poseen, de que tanto hablan y de que tanto necesitan; allí es donde, con el desenvolvimiento de la razón, llegando á comprender sus derechos, dejarán de ser los unos víctimas y ludibrio de los otros, y la igualdad no será mas una fatal mentira. Persuadámonos de una vez: la ilustracion será siempre la única garantía segura de los ciudadanos, y el solo lazo estrecho y cordial de los pueblos. El ciego es fácilmente engañado, y el ignorante fácilmente oprimido. ¡Y cuántas otras ventajas, cuántos otros beneficios, cuántos otros tesoros encierra la instruccion! Sobre la entrada de la biblioteca de Osimandias se leian estas palabras: *Remedios del alma*: ninguna inscripcion fué mejor colocada; jamas el objeto de una biblioteca fué mejor comprendido. ¿Habrá quien niegue que los buenos libros dulcifican las penas, alientan las esperanzas y reaniman las ilusiones? ¿quién no se ha consolado con un libro, de la injusticia de los hombres, de la ingratitud de un hermano, de la pérdida de una fortuna? Varron borrado de la lista de proscripcion, consoló sus angustias pasando entre sus libros los últimos años de su existencia. “Un libro es un buen amigo”, ha dicho Bernardin de Saint-Pierre; y ha dicho bien. Un libro es el mejor compañero que se puede encontrar. Este amigo nos da un consejo cuando lo necesitamos, un consuelo cuando se lo pedimos, una alegría cuando se la demandamos. Este amigo no cansa nunca, no fastidia nunca, no traiciona nunca. Por eso escribia Ciceron à Atico á propósito de una coleccion de libros que le habian regalado: “Si me quereis, cuidad de que ninguno se pierda, y enviádmelos todos, pues no podeis proporcionarme mayor placer. Cuidad bien de los libros griegos, y mas aun de los latinos, y os lo agradeceré como si el regalo viniera de vos mismo.” Por eso San Agustin, próximo á morir, recomendaba que se tuviese mucho cuidado en conservar á los venideros la biblioteca de la Iglesia de Hipona. Despues de las fatigas del trabajo, un libro es el descanso mas saludable y ménos peligroso que se puede tener; es el sosiego mas dulce, mas útil y ménos costoso que se puede buscar. Alejandro el Grande llevaba siempre consigo las obras de Homero, para amenizar las penalidades de sus expediciones y distraer las fatigas de sus batallas. ¿Y qué enfermedad mas terrible que la ignorancia puede padecer el espíritu? ¿qué enfermedad mas repugnante que el vicio puede pade-

cer el corazon? Que la humanidad se apresure, pues, á buscar en las bibliotecas el remedio de estos vergonzosos males: en estos hospicios del alma, en estos hospitales del corazon, hallará los remedios mas puros y mas heróicos contra semejantes afecciones. Allí puede aprender á conocerse á sí mismo y á conocer á los demas; allí puede encontrar el hilo de Ariadna para conducir sus pasos en el tenebroso laberinto del mundo; allí puede prepararse esa vida interior que sin instruccion no es posible tener. El espíritu vacío es un espíritu sin goces que vive en las tinieblas. El hombre ignorante no tiene mas luz que la del sol; sin esta es un buho de la humanidad. Allí tiene tambien el corazon su pábulo: con la lectura se suavizan las costumbres; se enderezan las inclinaciones y se refrenan los arrebatos. Los pueblos salvajes son únicamente los feroces; los antropófagos son únicamente los incultos. Con la lectura se llega á conocer á los hombres cuyas virtudes debemos imitar; por ella se conoce el premio de la buena conducta y las ventajas de la honradez, el castigo de la perversidad y las desventajas de la corrupcion. ¡Cuántas veces un libro habrá hecho un héroe de quien no habia nacido para tal! ¡cuántas veces habrá vuelto bueno al que yacia encenegado en el crimen! ¡cuántas veces habrá tornado útil al que era pernicioso en la sociedad! Plutarcó, el libro predilecto de Napoleon, quizá contribuyó á hacer de este hombre un genio. Ademas: perfeccionarnos es nuestro deber, y no hay perfeccionamiento sin ilustracion. ¿Y qué cosa mas interesante que saber lo que han hecho nuestros antecesores, lo que han inventado nuestros abuelos, lo que han producido nuestros padres? ¿Qué cosa mas hermosa que saber cómo los hombres han marchado de la tienda hasta el palacio, de la comunicacion hasta el telégrafo, de la piragua hasta el buque de vapor? ¿Qué cosa mas agradable que saber cómo, estudiando nuestra economía, hemos llegado de Erasistrato hasta Sappey, de Erófilo hasta Claude-Bernard, de Hipócrates hasta Trousseau? ¿Qué cosa mas deliciosa que saber cómo la humanidad, estudiando la naturaleza, ha venido de Aristóteles hasta Milne-Edwards, de Cratevas hasta Jussieu, de Geber hasta Regnault? Pues bien; la Biblioteca todo nos lo puede enseñar.

VIII.

Como se vé, numerosos son los beneficios de las bibliotecas cuya influencia civilizadora es innegable; y sin embargo no han faltado genios maléficó que las hayan combatido, como otros tantos Devas enemigos de la claridad y de la perfección. Pero nada detiene la marcha del progreso. Para la civilizaci6n no hay obstáculos invencibles, ni contratiempos que la apaguen. Los combates son para su triunfo, y los choques para su mayor brillantez. La civilizaci6n es como el Fénix que renace mas robusto de sus cenizas: miétras mas se le ahoga mas respira; las barricadas no estorban, sino allanan su camino; la sangre, en lugar de matarla, la alienta; la opresi6n, léjos de retardarla, la impulsa; cuanto se hace para impedir su desarrollo, la fomenta. A su calor germinan las ideas, á su soplo se desvanecen las preocupaciones, á sus rayos se disipa el error. Oponérsele es oponerse al magnetismo que sujeta, al vapor que arrastra, á la electricidad que pulveriza. Nunca serian bastantes las nieblas para eclipsarla, porque hay una Providencia que vela por sus resplandores: Ormuzd nunca será vencido por Ahriman. En vano se destruyen sus obras, si persiste su espíritu creador, y este persistirá miétras quede en el mundo un cerebro que lo abrigue. Por eso, en vano Omar calentó los baños de Alejandría con la biblioteca de esta célebre ciudad; en vano los Mogoles formaron con la biblioteca de Ménfis un dique en el Tigrís; en vano el fanatismo quemó los libros contra los cristianos, y nos privó para siempre de las obras de Plotino, de Jámblico, de Celso, de Libanius; en vano Zumárraga, de odioso recuerdo, quemó riquísimos documentos de nuestros fastos; en vano Landa, de funesta memoria tambien, destruyó datos preciosos de la historia de nuestra Península; en vano los conquistadores incendiaron las bibliotecas de Tenochtitlan y de Tezcuco, é hicieron desaparecer los archivos de los mayas y de los mixtecas; en vano el Santo Oficio condenaba los libros que abrian mas anchos horizontes á la inteligencia; en vano los Papas anatematizaban las obras que combatian la teocracia; en vano la inquisici6n obligó á Galileo á retractarse, como si una abjuraci6n pudiera destruir una verdad, y como si la amenaza pudiera inmovilizar la tierra y hacer girar al sol; en vano Ascoli fué condenado á la terrible hoguera, y Abano sucumbió en

una prision inquisitorial; la civilizacion, triunfante siempre, continúa ba incontrastable su carrera. La luz se hace hoy por todas partes. Hoy todos leen, todos se instruyen. El saber no es yá el privilegio exclusivo de un pequeño círculo que mantiene á los demas en la ignorancia, para explotarlos y oprimirlos; la ciencia no es yá el patrimonio de una casta sacerdotal que la rodea de misterio, para presentarse como una raza de elegidos. Se acabó el secreto; se han acabado los milagros. Los magos han perdido su prestigio; los hechiceros no encuentran incautos que engañar; los ignorantes no hallan inocentes que seducir. Los oráculos han cerrado sus templos, y las Pitonisas, consumiéndose en su propio entusiasmo, no atraen crédulos al rededor de su trípode. La Astrología no pide el hado á las estrellas; la Quiromancia no encuentra manos para adivinar el horóscopo; la Alquimia no persigue yá la piedra filosofal. Los sueños enmudecen; vuelan las aves, y nadie se preocupa de su vuelo; nadie interroga las entrañas de las víctimas para pronosticar el porvenir. Nadie acepta la buenaventura; nadie consulta á los arúspices; nadie cree en la fatalidad. Los filtros no contienen las esperanzas; los amuletos no libran del dolor; los talismanes han perdido su virtud. El sortilegio es una farsa ridícula; el encantamiento es una estupidez; el exorcismo es una irrision. La insensibilidad yá no es un pacto con Satan. Ni el fuego ni el agua revelan la inocencia, sino la sábia ley que descubre al culpable. Todas estas creencias que deshonran la razon, han sido vencidas, y al libro pertenece la victoria. Pero todavía quedan muchas verdades que conquistar, muchas supersticiones que destruir, muchos males que remediar. *Esto matará aquello. El libro matará al edificio*, ha dicho Victor Hugo; y el libro está, en efecto, derribando la basílica, demoliendo el palacio, es decir, anonadando el absolutismo y la tiranía, y conquistando la democracia y la libertad del pensamiento. Pero aun le queda por aniquilar un monstruo que alimentamos con nuestra carne y con nuestra sangre; le queda aun por destruir un azote que devasta al mundo: la guerra. ¿Qué significan esas luchas encarnizadas en que los hombres se despedazan como no se despedazan las fieras? ¿Qué significan esos palenques regados de víctimas, cuyo solo pensamiento nos espanta? ¿Por qué tantos afanes en mantener las vidas que se sacrifican sin piedad? ¿Qué inconsecuencias son esas del corazon humano?

Val-de-Grâce y una ametralladora son un contrasentido. Conservar para destruir es una aberracion. ¿Es posible que los hombres se ocupen constantemente en matarse? ¿Es posible que nuestra curiosidad esté siempre entretenida con el relato de horrorosas contiendas? Aun no se habia disipado el humo de las batallas de Crimea, cuando ya retumbaba el cañon en Solferino y en Magenta; la paz de Villafranca se firmaba todavía, cuando los Españoles se precipitaban sobre Tetuan; el Africa escuchaba aun los alaridos de los últimos combatientes, cuando la República de Washington se envolvía en una guerra formidable; esta no habia terminado, cuando en Méjico se encendía otra no ménos sangrienta y terrible; el eco de la última descarga del Cerro de las Campanas, no se habia apagado en los bosques de Querétaro, cuando Francia y Prusia se empeñaban en una tremenda lucha. ¿Con qué ojos puede contemplar la humanidad los doscientos mil muertos, los trescientos mil heridos y los millones de arruinados y de afligidos que ha dejado esta guerra colosal? Cien mil cadáveres sobre el Rhin son un inmenso asesinato de los pueblos, un inmenso crimen de los pueblos contra la fraternidad universal. La historia de las naciones es una historia de guerras sin fin. ¿Qué es esto? ¿hemos nacido para vivir en eterna discordia? Que los hombres ilustren mejor su espíritu, para dirigir mejor su voluntad: que ántes de luchar por tal ó cual principio, por tal ó cual sistema de gobierno, luchen por el predominio de la razon, para que esta dirima las diferencias y declare la justicia: la noocracia debe ser el único imperio en el mundo. Que los Moltke y los Trochu cedan el puesto á los Payen y á los Figuiet; que los Chassepot y los Amstrong sean reemplazados por los Asselin y los Hachette. Y cuando las armerías se conviertan en bibliotecas, los cuarteles en universidades y los bastiones en escuelas: cuando el Campo de Marte sea el Campo de Minerva, y la arena de los combates, la arena de los Juegos Olímpicos, cuando la Sorbona absorva á San Ciro y Grignon á Metz: cuando Dreyss y Krupp desaparezcan ante Lewis y Lortie, la civilizacion entónces habrá dado su mas gigantesco paso, y las bibliotecas habrán conseguido su mas hermoso triunfo. Los libros gobiernan al mundo, ha dicho Voltaire: cúmplase el pensamiento del filósofo, porque ¿qué lo puede gobernar mejor?—HE DICHO.

